

Que eran encantadores y hechiceros:
 Quién malignos espíritus que habian
 Venido por los aires. Una vieja,
 Que desde su ventana y celosías

Los vió pasar, tenaz aseguraba,
 Por testigos llamando á sus vecinas,
 Que cuernos, y no orejas, vió á las mulas,
 Y que las luengas capas encubrian

Tres descarnados esqueletos. Otros
 (Los discretos sin duda de la villa)
 Sospechaban que fueran tres hebreos,
 Que de entre los escombros y ruinas

Trataban de sacar algun tesoro;
 Y ya los codiciosos con envidia
 A impedir tal hallazgo se aprestaban.
 El sacristan constante sostenia

Que eran almas en pena, proponiendo
 Una colecta á las personas ricas,
 Y que se celebrasen por sufragio
 Oficio de difuntos y seis misas,

Dos para cada cual. En tanto empero
 Un valenton del pueblo en compañía
 De un codicioso, armados de broqueles
 Y de sendas espadas y reliquias,

Al postigo acercáronse medrosos,
 Y por entre maderos y ruinas
 Deslizándose, así como el lagarto
 Que dentro del vivar se precipita,

Entraron en el patio. Pronto vieron
 Al mozo con las tres caballerías
 Bajo los cobertizos, y al instante
 Conociéronle entrambos, y de antigua

Amistad refrescaron la memoria;
 Pues era un maragato que solia
 A Salas concurrir, y á los mercados
 De todas las ciudades convecinas.

De él supieron al punto, quiénes eran
 Las dos personas que con él venian:
 Gonzalo Gustios una, que ya libre
 De su larga prision no merecida,

A su alcázar tornaba y á su estado;
 La otra Nuño Salido. Esta noticia
 Los dos exploradores al instante
 Esparcieron ufanos por la villa,

Pidiendo á los antiguos servidores
 De la casa de Lara las albricias.
 Estos, que siempre fieles á su dueño,
 Su prision lamentaban y desdichas,

No olvidando ni un punto en tantos años
 De sus señores la infeliz familia;
 Dudando al pronto tan ansiada nueva,
 Vuelan á cerciorarse á toda prisa;

Y viéndola patente, enajenados
 De placer, de consuelo y de alegría,
 Corren aquí y allí, y al pueblo todo
 Su gozoso entusiasmo comunican.

En torno del palacio el gran gentío,
 Ver anhelando á su señor, en vivas
 Y de júbilo en voces prorumpieron,
 Mientras que al interior por las ruinas

Entran varios hidalgos, y al fin hallan
 A Gonzalo y á Nuño. De rodillas
 Se arrojan á las plantas del primero,
 Y al notar tan mudada y abatida

Su gallarda presencia, y al mirarlo
 Ciego, pobre y doliente; la más viva
 Compasion de sus almas se apodera,
 Y deshechos en lágrimas, la pintan

En sus desconsoladas actitudes
 Y en sus palabras de dolor. La vista
 Nunca echó ménos como entónces Lara,
 Y tras de tantos años aquel día

Y aquel instante el único, el primero
 Fué, en que agradable aún encontró la vida,
 Y en que sintió su pecho palpitante
 Abrirse del consuelo á las delicias.

Enternecido Nuño, por sus nombres
 Le va diciendo los que allí se miran;
 Y cada cual en pos del suyo añade
 Algun recuerdo de lealtad antigua,

De hazañas en la guerra, de servicios
 En los disturbios de pasados días,
 Y de constante amor y de respeto
 A la casa de Lara perseguida.

Gustios, todas sus penas un instante
 Olvidando tal vez, y la marchita
 Frente alzando, y su faz resplandeciendo
 Con la grandeza y dignidad antiguas;

Con los trémulos brazos corresponde
 A amor tan firme y á lealtad tan viva
 De aquellos servidores y vasallos,
 Que su pendon siguiendo, de Castilla

Fueron en otro tiempo apoyo y honra,
 Exterminio y terror de la morisma.
 Palpádoles los pechos y las diestras
 De la manopla y lanza endurecidas,

Les recuerda las guerras ya olvidadas,
 Los peligros, las bélicas fatigas:
 A todos nombra, reconoce á todos,
 Aún sueña triunfos, mando, gloria y dichas;

Y de ellos rodeado, y sostenido
 De su fiel Nuño, sale y se encamina
 A la gran plaza del castillo, donde
 El impaciente vulgo le atendia.

Fué el gozo general, aunque mezclado
 De dolor y de asombro, tan distinta
 Viendo aquella persona venerable,
 De lo que fué cuando rigió á Castilla.

Si su pasada gloria y sus grandezas
 En los ancianos pechos aún tenian
 Hondas raíces; su tremenda suerte,
 Su excelsa fama y su presencia misma

Entusiasmo á la juventud. A todos
 Con afables palabras y benigna
 Faz agradece Lara aquellas muestras,
 Que respeto y amor le testifican;

Y pide, su cascada voz calmando
 Los confusos aplausos y los vivas,
 Que á dar gracias al Sér omnipotente
 A la iglesia de Salas le dirijan.

Mientras que prosternado ante el Eterno,
 Formando coro con el pueblo, hacia
 Su ferviente oracion, el Arcipreste
 Manda en su casa disponer aprisa

Un festin abundante. Ya hacendosa
 El ama convocando á las vecinas,
 Su inteligencia y celo demostrando,
 En los preparativos se fatiga.

Ya suena en el corral el cacareo
 Con que los tiernos pollos y gallinas,
 Huyendo entre la leña y las tinajas,
 Piensan ¡cuitados! que su suerte evitan.

Las ollas, las sartenes y peroles
 Circundan el hogar, do un monte ardia,
 De roja luz con la esplendente llama
 Llenando, y de humo espeso, la cocina.

A un lado el almirez sonoro aturde
 El barrio todo; en otro la cuchilla,
 Que una moza robusta ágil esgrime,
 Carne de cerdo y de ternera pica.

Una aquí las legumbres preparando,
 Pencas y hojas inútiles les quita;
 Otra allí amasa en cóncavas artesas,
 Con aceite y con miel, cándida harina.

Quién despluma las aves, quién al fuego
 Ramas secas añade, quién lo atiza,
 Quién va y viene á la fuente presuroso;
 Quién friega los pucheros y vasijas.

Ábrese la despensa, y aunque el ama
 De las llaves encarga á la sobrina,
 Que es vigilante asaz; alguna vieja
 Mete en el delantal una morcilla:

Otra roba un solomo; y un muchacho
 A la tinaja de la miel aplica
 Goloso el dedo, mientras otro el labio
 De navarro aguardiente á la botija:

Pues en tales momentos en las casas,
 Con tanta confusion y tanta prisa,
 Es el desórden cosa inevitable,
 Y advierte ménos el que más vigila.

A todas partes asistir procura,
Y todo disponerlo el ama activa,
Que ganó entónces esplendente fama
Desplegando su celo y su pericia.

Se la vió á un mismo tiempo diligente
Sazonar un guisado, á una vecina
Reñir, porque volcaba los pucheros;
Una guantada dar á una chiquilla,

Que el asador pringoso descuidaba;
A un gatazo escaldar, que se comia
Medio pichon, y levantar el grito
A un zagaleta, que con charla y risa

Se puso á retozar con las mozuelas.
La bodega abrió luégo, y la delicia,
Que sudan los lagares de Alaejos
Con fragancia que muertos resucita,

Sacó; despues, de un gigantesco armario
Conservas, fruta seca y golosinas,
Y de una arca de pino las toallas,
Con que la mesa primorosa alista.

Una fuente de plata y una copa,
Para que á nadie más que á Lara sirvan,
Pone á la cabecera; y allí ensaya
Al sacristan, que debe en aquel día

Tener de maestre-sala el grave empleo,
Y al monaguillo, á quien atusa y limpia,
Para que ejerza el de pulido paje;
Y cómo han de portarse, les explica.

Libre de estos cuidados, afanosa
Torna la fresca dueña á la cocina,
Que aún hay harto qué hacer, y es corto el tiempo;
Pero á fuerza de afanes y fatigas,

A fuerza de trabajos y peleas,
Y de sofocaciones y de riñas,
Unas cosas quemadas y otras crudas,
Todas consigue ver al cabo listas.

El fruto recogió de su tarea,
Pues fué el festín famoso, y de sí misma
Muy satisfecha se quedó, escuchando
Cuál todos la elogiaron con justicia.

Aunque llegó á una edad muy avanzada,
En tanto que vivió, diz que ni un día
Dejó de recordar el tal convite,
El estupendo gasto, y la excesiva

Revolucion en que dejó la casa;
Afirmando que nunca vió la villa
Más espléndida mesa. Y aún se añade,
Por tradicion remota que lo afirma,

Que quedó algo menguado su juicio,
Que era claro además, desde aquel día,
Por lo que trabajó su entendimiento,
O con el gran calor de la cocina.

Discreto, para darle el Arcipreste
El tiempo indispensable, concluidas
De Gustios y del pueblo las plegarias,
Con gran solemnidad y melodía

Cantó un largo *Te Deum*, y un discurso
O plática muy larga y muy prolija
Hizo á sus feligreses, que ignorantes
Bostezaron tal vez, aunque de citas

De la santa Escritura estaba llena,
Que era gran sabidor. Despues aplica
Á los ojos inútiles del viejo
Salmos, y bendiciones, y reliquias,

Y da con ellas paz á los hidalgos;
Y por ganar más tiempo, á una capilla
Conduce á Gustios y á otros personajes,
Y allí difusamente traza y pinta

Los reparos y nuevos ornamentos
De que la iglesia aquella necesita;
Entablado sagaz de estas materias
Una conversacion entretenida.

Llegó por fin el suspirado aviso
De estar la mesa ya dispuesta y lista,
Y el cortés Arcipreste á Lara y Nuño,
Capellanes é hidalgos les suplica,

Que con él hagan penitencia. Todos
Aceptan el convite, y se encaminan
Hácia la casa arciprestal, en donde
El ama, tan oronda como limpia,

Con tocas de cendal cual nieve pura,
Que las castañas trenzas mal cubrian,
Un brial de paño verde, guarnecido
De franjas de oro, mangas con prolijas

Bordaduras de azul, de rojo y negro,
Y aljófares al cuello, y varias cintas
Y medallas, y cruces de azabache,
Señala á cada huésped puesto y silla.

Fué harto largo el festin: en él tuvieron
Lugar escenas varias y distintas
De disgusto y placer, como acontece
En todos los sucesos de la vida.

Lara apénas gustaba los manjares,
Y si una ú otra vez dulce sonrisa
Sus labios desplegó, más á menudo
Ofuscaron su faz nubes sombrías.

Alzados los manteles, á las manos
Agua, y gracias á Dios dadas, se inclina
El Arcipreste á Lara, y en el nombre
De todos los presentes, le suplica,

Que alguna relacion, aunque ligera,
De su larga prision hacer se sirva;
Y cortésmente luégo á Nuño pide,
Que en pos de su señor tambien les diga

Algo de sus larguísimos viajes,
Y de su vuelta rápida á Castilla.—
Como es tan agradable de sí mismo
Hablar, aunque pesares y desdichas

Sólo haya que decir, Gonzalo y Nuño
No se hacen de rogar; y al ver que indica
El primero que á hablar va sin demora,
Silencio demandando, mayor grita

En el salon se alzó por un momento:
Y á dos ó tres que estaban de tal guisa,
Que era imposible que callar pudiesen,
En hombros á sus casas los envian.

Abrense las ventanas y las puertas,
Por las que el pueblo audaz se precipita
En silenciosa confusion, ansiando
Escuchar portentosas maravillas.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que tiene la atencion de todos fija
En el silencio universal conoce,
Y así dice con voz desfallecida:



«No hablaré de mis penas y desastres,
Ni de aquellas desgracias inauditas
Que destrozaron mi infelice pecho,
Allá en la capital de Andalucía.

»Fueron de tal grandeza, que en el mundo
No habrá quien las ignore, y repetirlas
Renovara el horror en los presentes,
Aumentando el rigor de mis desdichas.

»¡Ah! ¿qué digo?... ¡infeliz! ¿pueden acaso
Más aumento tener?... Aunque resista
Mi lengua el recordarlas, ¿su memoria
Destrozándome el alma no está viva?...

»Basta, basta... ¡oh dolor! ¡Ay! que mis labios
Nombres y circunstancias no repitan,
Que á la naturaleza estremeciendo,
De escándalo y terror al orbe sirvan.

»De mi larga prision hablaré sólo:
Será mi relacion breve y sucinta,
Pues poco hay que decir, si en veinte años
Uniformes han sido horas y dias;

»Y siempre de dolor. Como de un sueño,
Tal estaba mi mente oscurecida:
Recuerdo que al llegar á los confines
Del imperio andaluz y de Castilla,

»La escolta silenciosa sarracena
En escolta no ménos enemiga
Se cambió de cristianos, que en silencio,
Y con crueldad mayor y mayor prisa

»Al castillo de Lerma me llevaron,
Y con fiero ademan y faz altiva
Me recibió su Alcaide, que al momento
En una estancia lóbrega y sombría

»Me encerró, redoblando los cerrojos
De la ferrada puerta. ¡Ay!... de mi vida
La flor y robustez entre las garras
De la miseria y afliccion continuas

»Se quedaron allí, y allí de arrugas
Se han cubierto mi frente y mis mejillas:
Que la vejez allí vino á buscarme,
Desnudó mi cabeza, y en ceniza

»Tornó mi fuego, cual mi barba en nieve;
Dejando al corazon y al alma mia
Sólo vigor y juventud robusta,
Para el rigor sentir de las desdichas.

»Todas mis facultades perecieron
Al lento curso de pesados días,
Que veinte años eternos completaron,
Y mis penas no más aún quedan vivas.

»Un zafio endurecido carcelero,
Eternamente mudo, en la mezquina
Prision cada mañana entraba solo,
Tomando precauciones exquisitas

»Para no verse nunca sorprendido;
El sustento abundante me traía,
Cuidaba el lecho, y dábame las ropas,
Que segun la estacion eran precisas,

»Pues los que allí con tan horrenda furia
Sepultado por siempre me tenían,
Para que no acabasen mis tormentos,
Con cruel piedad cuidaban de mi vida.

»Mas para que ni el sueño treguas diese
A mi dolor, desde el primero dia
Hasta el último, siempre á media noche...
¡Oh bárbara crueldad, de hombres indigna!

»Siete piedras á la alta claraboya
De mi prision tirando, interrumpian
Con siete golpes claros y distintos
De la noche el silencio... Al alma mia,

»Y no á la claraboya las tiraban,
Y el corazon y el pecho me rompian,
Recordando que tuve siete prendas,
Que eran pasto á las aves de rapiña,

»Siete insepultos cuerpos; y que siete
Cabezas adornaban la mezquita
Y el alcázar de Córdoba... ¡Hijos míos!...»
Aquí la voz del viejo, convertida

En ásperos sollozos, confundióse
Con un grito de horror, que las distintas
Personas que escuchaban en silencio,
Al oír ferocidad tan inaudita,

A un tiempo levantaron. Gustios Lara
Convulso, apenas tiénese en la silla,
Y en su faz, en su pecho y en sus manos
Se ve el dolor agudo que le agita.

Al fin la multitud llorosa calla:
Lara deshecho en lágrimas suspira,
Y torna á suspirar, y de este modo
La narracion anuda interrumpida:

«Una tan sola vez acento humano,
En tantos años de prision prolija,
He escuchado, y no más. Hondo silencio
Guardó por siempre con tenaz porfía

»Mi duro carcelero: los malvados
Que en tan horrible estado me tenían,
Dispusieronlo así. La vez que sólo
Permitieron hablarme... ¡oh gente inicua!

»Fué para dar el golpe postrimero
A este infeliz, para en la horrenda sima
Del último dolor por siempre hundirlo,
Para hacerle saber que no tenia

»Nada en la tierra, y que su mismo nombre
Era nombre de afrenta y de ignominia.
Sí; como al mes de hallarme en el encierro,
Una mañana, con feroz sonrisa

»Entró el feroz alcaide, y, *Gustios Lara,*
Me dijo, *el alto conde de Castilla*
Don Sancho, tu señor, con el acuerdo
De sus hombres de guerra y de justicia,

»*Reo de alta traicion te ha declarado,*
Confiscando tus tierras y tus villas,
Y mandando poner en tus solares
Los signos viles que traicion indican.

»*Tambien te ha condenado á infame muerte;*
Mas del gran Rui-Velazquez por la amiga
Intercesion, que pases, te permite,
En esta torre el resto de tus dias.

»Dijo, y desapareció: con alto estruendo,
En losa de sepulcro convertida,
Cerró la puerta, y barras y cerrojos,
Cadenas y candados multiplica.

»Quedé yo como un mármol; por mis venas
Hielo, no ardiente sangre, discurría:
Sin respirar ahogábase mi pecho,
Y espantados mis ojos no veían.

»Estuve así gran rato; mas de pronto
Retemblando mis nervios y mis fibras;
Fuerzas, cual de gigante recobrando
Y fuego de volcan la sangre misma

»Que un momento fué nieve, tal exceso
En mí sentí de actividad y vida,
Tal rabia y tal furor, que engrandecido,
Era á mi aliento aquella estancia chica.

»Derribé el lecho, y esparcí en pedazos
Los muebles por el suelo; las macizas
Paredes desconché con mano dura;
Dí golpes en la puerta, que en astillas,

»A no ser por las barras y cerrojos,
Tornarla consiguieran; llamas vivas
Mi pecho respiró, y en roncadas voces
Tronó el volcan de mis furiosas iras.

»A los hombres maldije, á las estrellas,
La hora de horror en que salí á la vida;
Pedí venganza hasta al infierno mismo...
¡Oh Dios!... ¡Dios bondadoso!... las impías

»Blasfemias que mis labios pronunciaron
En aquella ocasion, benigno olvida.
Perdónalas, gran Dios: al recordarlas,
Se confunde mi pecho y se horroriza.

»Tan negra furia y ceguedad culpable
No fueron duraderas por mi dicha;
Y en tal abatimiento se trocaron,
Que vine á tierra envuelto en sombra fria.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que en la alta claraboya, cual solían,
Dieron, del profundísimo letargo
Sacáronme por fin. Torné á la vida,

»O por mejor decir, cobré el sentido
Para apurar las ansias y fatigas
De una existencia atroz. Yerto, postrado
Mi cuerpo en tierra, sin vigor yacía;

»Mas no postrada mi alma ni mi mente,
Sueltas como jamás y enardecidas,
Volaban por horrendos precipicios,
Y en escenas terribles se perdían.

»Las lóbregas tinieblas de la noche,
Que inundaban mi cámara mezquina,
Llenas me aparecieron de prodigios,
Y visiones tremendas. Ya veía

»Siete cabezas pálidas, sin cuerpo,
Que de lóbregas nubes despedidas
Y por ronco huracan arrebatadas,
Contra mi pecho mismo se rompían;

»Ya de fuego una atmósfera, y de sangre
Un mar rugiente en mi reedor tenía,
Y en las llamas ardiendo mis palacios,
Las armas y el pendon de mi familia;

»Mientras que siete cuerpos sin cabezas
En las hinchadas ondas purpurinas
Nadaban, y pidiéndome socorro,
A mí, ¡qué horror! los brazos extendían.